

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

Sandoval Pinillos, Luis M.^a: CUANDO SE RASGA EL TELON ()*

No hay duda de que la catástrofe político-económica adonde, en definitiva, acabó desembocando el comunismo implantado, por primera vez, en Rusia en 1917, y la ulterior desintegración de la Unión Soviética, son los acontecimientos más trascendentes de esta segunda mitad del siglo xx.

No ha de causar, pues, extrañeza que ellos sean fuente de una ya abundante literatura nacida en torno a la descripción o glosa de tales importantes acontecimientos. Literatura que, como suele suceder en casos similares, resulta bastante heterogénea en la valoración que merece cada una de las obras que la vienen a componer. Y, así, dentro de la misma cabe distinguir aquellos estudios serios y asentados en un auténtico esfuerzo intelectual, basados en datos históricos, políticos, económicos, sociales, etc., contrastados, de aquellos otros que se conciben desde la superficialidad y el oportunismo y sin procurar otro efecto que el mero sensacionalismo por quienes hasta ahora nunca habían revelado la mínima preocupación por el fenómeno marxista-leninista y que, tras una breve estancia en la Unión Soviética, albergan la pretensión de presentarse ante el público como «expertos» acerca de esta temática. La primera advertencia que deseo hacer es que la obra de Sandoval se ha de incluir necesariamente en el primero de los grupos de la anterior distinción. Estamos en presencia de uno de los estudios realmente dignos que han visto la luz en lengua castellana a propósito de aquellos sucesos, que presuponen en el autor un seguimiento antecedente del fenómeno comunista y que no responde desde luego a la improvisación típica del sensacionalismo oportunista.

El libro de Sandoval contiene una primera parte histórica en la que, a su vez, es posible diferenciar también una parcela donde se describe lo que el autor llama la «historia bélica del comunismo» y otra posterior que contiene la narración del proceso que

(*) Editorial Speiro, Madrid, 1992.

condujo a la caída del mismo y desintegración de la Unión Soviética.

En la que llama Sandoval «historia bélica del comunismo» se narra el itinerario agresivo del mismo, desde que con la *Revolución de Octubre* una exigua minoría partidista armada, a través de un golpe de fuerza, se alza, no contra el Imperio zarista, sino contra un gobierno revolucionario presidido por Kerensky y compuesto por socialistas, que precisamente tenía convocada una asamblea constituyente para pocos días después de las fechas del golpe comunista. Y es entonces cuando se abre un nuevo período histórico y nace lo que se conoce como «Segundo Mundo» para distinguirlo del Primero, integrado por las naciones democráticas desarrolladas y del Tercero, que lo forman los países subdesarrollados.

Es en cierto modo la consolidación, a través de la acción militar de Lenin —quien no tuvo el menor escrúpulo en desear la derrota de su patria, para convertir la guerra imperialista en guerra civil—, del comunismo y la expansión externa posterior del mismo lo que se describe por medio de una síntesis verdaderamente notable en esta primera parte del relato histórico. Síntesis que, no por su carácter de tal, deja de ser, sin embargo, exhaustiva.

El examen de tal relato permite verificar cómo desde su inicio el sistema impuesto por Lenin constituyó una fuente de conflictos y de violencias que se han desarrollado a lo largo de los años ulteriores a 1917, sucesiva o simultáneamente, en los cinco continentes.

Lo que comienza por lo que Sandoval llama «las guerras de Lenin» —las campañas contra los blancos, contra los aliados, contra Polonia, Finlandia, Ucrania, Georgia, etc.—, sigue con los intentos insurreccionales en Alemania tras la derrota de 1919, el régimen de Bela Kun en Hungría, la intervención en la guerra de España, para concluir con las guerras de Indochina, las motivadas por la descolonización portuguesa, en las que, ante la indiferencia general, se entregaron vastos territorios del mundo al comunismo sin cumplir el trámite de consultar a las poblaciones afectadas, las guerras del Cuerno de África y de Afganistán...

Como digo, el examen de esta trayectoria agresiva del comunismo, una vez consolidada y formada la Unión Soviética, no puede resultar más completo y exacto y es sumamente ilustrativo, al demostrar cómo ha sido un polo del que ha irradiado casi sin cesar la subversión y la violencia, trastocando, por acción o reacción, todas las latitudes del globo terráqueo. La extensión del

comunismo —según concluye, con acierto, Sandoval— se ha producido por medio de incesantes guerras y violencias y causando decenas de millones de muertes de seres humanos. Tal ha sido la cosecha recogida por el sistema que aquella minoría partidista armada implantó por la violencia, también ejercida frente a los que pocos meses antes habían derrocado al zar y que profesaban asimismo una ideología socialista.

La segunda parcela de la parte histórica del libro comentado describe el proceso seguido desde que accede Gorbachov al poder; quien —según registra Sandoval— en principio fue el motor y protagonista indiscutible de los cambios; después, por el contrario, intentó mantenerse al frente de ellos y refrenarlos sin éxito, porque no los compartía.

Parece que el propósito inicial de aquél fue mejorar la crítica situación interna de la Unión Soviética, sobre todo su ineficaz economía y a tal fin evitar la actitud externa de beligerancia frente a Occidente y tratar de obtener la cooperación financiera de éste.

Sandoval llama la atención sobre la circunstancia de que hay que distinguir dos facetas diferentes de la política de Gorbachov de los primeros años: la acción internacional y la interna. En la política internacional creó rápidamente un clima de distensión creciente, que sería recibido con entusiasmo por Occidente. Sin embargo, en política interior, las reformas legales tanto políticas como sociales y económicas fueron escasas y lentas, pero la liberalización del régimen fue real y resultó decisiva, a la postre, por lo que se refiere a la aparición de la franqueza desde el poder y la *glasnost* (transparencia) informativa. En cambio, la cuestión nacional no fue abordada en absoluto y terminaría por explotar.

Después de darnos un relato fidedigno y bastante completo de la evolución de la Unión Soviética y del comunismo durante el mandato de Gorbachov y del derrumbre del Segundo Mundo, trata de revelarnos las causas de este proceso. Y, así, lo primero que registra es que el comunismo no ha visto truncada su expansión externamente: «No ha perecido víctima de una derrota militar absoluta, como ocurrió con el Reich nazi». De ahí que Sandoval llegue a la conclusión de que el derrumbe del poder comunista ha obedecido a causas internas.

Aun siendo cierto lo anterior, creo que, no obstante, no se destaca suficientemente el influjo —si no se quiere decisivo, sí muy importante— que tuvo la política, del presidente Reagan, de la llamada «guerra de las galaxias», que, a no dudarlo, colocó a Gorbachov ante un dilema harto delicado, pues, aunque la Unión Soviética, según parece, disponía de tecnología para seguir-

lo, de emprender esa vía, carecía de capacidad económica para desarrollar un esfuerzo que condenaba a la población a una penuria, que ya resultaba casi imposible —dadas las causas internas que señala muy bien Sandoval y a las que luego aludiremos— exigir, pese a que en tiempos pretéritos, sí se hubiese requerido, lo que indica el cambio que efectivamente se había operado en el interior de la Unión Soviética.

Y este cambio lo caracteriza muy bien aquél, cuando precisa con exactitud una serie de alteraciones que presentaba la sociedad soviética y que operaron como causas del proceso.

La falta de fe en la ideología marxista-leninista de la *nomenklatura* de los partidos comunistas instalados en el poder y el descontento de la población fueron los factores desencadenantes o —si se quiere—coadyuvadores del proceso. Como expone Sandoval: «Sólo se explica esa dejación colectiva del poder, sin mayor resistencia, por una conciencia íntima del fracaso y de la mentira», que precisamente se da en los dirigentes mejor informados —los procedentes del KGB— quienes —dada la peculiar situación de la Unión Soviética sin sociedad civil propiamente dicha— son los que toman la iniciativa desde el vértice, que era desde el único lugar del que podía partir y la toman porque conocen el verdadero estado de cosas y son conscientes del enorme descontento del pueblo al respecto. Pero —como observa Sandoval— lo más probable es que los comunistas no pensaron en renunciar al poder, sino que se propusieron conservarlo sobre bases remozadas y humanizadas.

A las anteriores, se unieron también causas externas, como la política de Reagan —a la que, según indiqué antes, no creo que se le reconozca el importante papel que tuvo—, el desgaste de la guerra de Afganistán y la ocupación de la Santa Sede por el cardenal polaco Karol Wojtyla, quien, con su visita a Polonia en 1979, la solemne consagración del Mundo al Sagrado Corazón de María y sus enseñanzas sobre el comunismo, que identificaban su materialismo dialéctico e histórico con el pecado contra el Espíritu Santo, desempeñaría un papel muy trascendente en el derumbe del comunismo.

La valoración que Sandoval efectúa de la figura política de Gorbachov es —en mi opinión— bastante certera, y ajustada a la realidad. Tiene, sin duda, dos méritos: de un lado haber puesto en marcha el proceso de liberalización de la órbita soviética, trayendo, primero, una auténtica distensión, permitiendo luego la independencia de los satélites, con especial mención de la reunificación alemana, y, de otro, haber abierto el camino para el des-

mantelamiento del comunismo en su misma metrópoli soviética. También tiene en su haber la honradez de su compromiso liberalizador.

Pero ahí acaba su haber. Gorbachov no albergó un designio inicial o reservado de conceder a Rusia la libertad absoluta, que luego fuese conducido con extrema cautela. En el mejor de los casos se le atribuirá haber abierto un resquicio a la libertad, pero a partir de ahí fue llevado a remolque de los acontecimientos, adoptando sus convicciones de modo oportunista, para procurar mantenerse al frente de los mismos y del deseo de ruptura con el comunismo, pero sin satisfacer éste plenamente.

«Gorbachov no es el innovador del siglo —concluye Sandoval— (...). Es de justicia decir que la verdadera obra original del siglo y la que lo ha signado por completo fue la Revolución de Octubre, obra de Lenin. Lo que ha hecho Gorbachov (o más bien posibilitado) ha sido enterrar esa perturbación del siglo y retornar, salvadas las distancias, al marco mundial prerrevolucionario, pero no innovar».

Según puede verificarse, la antedicha valoración es de lo más acertada y encuadra las figuras históricas de Lenin y Gorbachov en auténticas dimensiones, rechazando la admiración, a primera vista bobalicona, que no pocos han manifestado respecto al segundo, pero, al mismo tiempo, si no justificada, sí muy explicable ante el hombre que en definitiva, con su acción, dio lugar al término de la pesadilla mundial que representó el comunismo.

Finalmente, aparece sumamente oportuno el recordatorio al respecto de que, en verdad, Gorbachov no ha hecho sino seguir, en no poca medida, los jalones que ya había marcado Soljenitsin para sacar a Rusia del atolladero en que estaba sumida por causa del comunismo, destacando cómo precisamente el premio Nobel era el que había resaltado el papel esencial de la mentira en el sistema comunista y que «basta que la gente se aleje de la mentira para que éste deje de existir».

Y nadie puede dejar de suscribir el juicio de Sandoval al manifestar que, en este siglo, entre los rusos, «la personalidad preclara, admirable y ejemplar por su entera trayectoria vital, por su elevación moral y por su lucidez mental es y será Soljenitsin», cuya persona le hace a uno congratularse de pertenecer a la raza humana, siendo éste quizá el momento adecuado para soltar la carcajada al evocar los comentarios que mereció de algunos «intelectuales» españoles a propósito de su visita a España hace ya bastantes años, pues, al fin, la realidad acaba situando a cada uno en el sitio que le corresponde. Pero los hay que ni después

de incurrir en el más grande de los ridículos: aprenden, porque la venda intelectual, que voluntariamente se han colocado, les impide reconocer los propios yerros cuando son ya notorios para todo el mundo.

De lo expuesto se desprende el interés que despierta la lectura de esta obra de Sandoval. Pero es —a mi juicio— la tercera parte de la misma la más lúcida.

Bajo el subtítulo de *El sentido de la tragedia* comienza por hacer el balance histórico del comunismo, dando la razón a los anticomunistas, ya que aquél ha sido el mayor promotor de guerras y violencias del siglo; ha sido el sostén de la Internacional del terror y ha creado regímenes, cuya naturaleza eminentemente policial resulta ya incontrovertida, convirtiendo, además, a las llamadas democracias populares en auténticos satélites de la política soviética, todo ello para registrar el descomunal fracaso de la economía comunista, siendo para más inri, éste, el ámbito de la vida —observa Sandoval— al que se supeditaba todo y que ideológicamente lo justificaba todo; y la consecuencia de tal fracaso fue que el nivel y la calidad de vida de los súbditos soviéticos eran bajísimos: desabastecimiento, colas, déficit de viviendas, subempleo y atención sanitaria primitiva han sido los logros visibles de la economía comunista. De ahí que el mundo comunista fuera sórdido, gris y contaminado, ya que, respecto de esa última nota, el socialismo real ha superado al capitalismo en expolio de la naturaleza y desprecio de la salubridad del ambiente. Por tanto, los anticomunistas tenían razón al denunciar la tiranía más opresiva, sanguinaria y extendida de la historia y al considerar al bloque comunista, si no el «imperio del mal», por lo menos «el país de la gran mentira».

La sentencia que se deriva de dicho balance y que Sandoval dicta conforme a la objetividad histórica más irreprochable no exenta de valor, es que el comunismo ha sido el protagonista fundamental del siglo xx y ha constituido la mayor tiranía de la historia, incluso mayor que la nazi, primero por su duración más larga y luego porque la extensión de su régimen en el orbe ha sido incomparablemente mayor y además porque las guerras y agresiones que ha promovido y las víctimas que causó sobrepasan a las del nazismo, aunque a éste se atribuya en exclusiva la responsabilidad de la II Guerra Mundial, siendo la opresión civil comunista bastante más intensa y omnicomprensiva que la del III Reich, que sólo en el campo del racismo supo rebasar a su rival marxista-leninista.

Ante ese juicio, nace espontáneo el interrogante que Sandoval

formula de modo expreso: «¿Cómo se ha podido alcanzar la culminación de la tiranía?».

Y de nuevo acude a la respuesta soljenitsiana. Lo que distingue al tirano antiguo del tirano moderno, totalitario, es que éste tiene una ideología y está al servicio de ella... «son esclavos de la ideología. La ideología los dirige», explicaba el premio Nobel. Por eso, no se debe creer que lo pernicioso del comunismo radicaba en la violencia, pues —como también expuso Soljenitsin— el comunismo ha consistido en la simbiosis entre la violencia y la mentira. La violencia no puede encubrirse con nada salvo con la mentira y la mentira tiene como único sostén la violencia. Cuando, una sola vez, se proclama, como método, la violencia, inexorablemente deberá elegirse, como principio, la mentira. La mentira de la ideología comunista es la responsable de esa violencia y de la opresión cotidiana en todos los terrenos y, no se olvide, del apartamiento de las almas de Dios, intentando matar en ellas todo vestigio de vida sobrenatural. Debe recordarse que Cristo no llamó al Demonio «padre de la violencia», sino «padre de la mentira».

De ahí que los males del comunismo fueran previsibles por un recto análisis del mismo, que es lo que hizo la Iglesia Católica desde su aparición, incluso antes de su toma del poder en alguna parte, evocando al respecto las condenas formuladas desde Pío IX a Juan Pablo II.

Y lo realmente grave es que, después de instaurar semejante tiranía, el comunismo resultara derrotado de modo inequívoco en el campo económico, que fue el que centró la atención de sus teóricos y en donde ni siquiera logró el objetivo mínimo de eliminar la miseria. El comunismo es, pues, un experimento, definitivamente fallido, que, después de propugnar la violencia para alcanzar sus fines revolucionarios, ha caído derrotado sin necesidad de violencia.

Tal derrota, no obstante, no puede hacernos olvidar que el comunismo todavía subsiste, como realidad política operante, en parte del mundo, aunque su dinámica actual parezca regresiva en todas partes, excepto en China cuya vida es autónoma, ni que tal derrota deja como legado principal ruinas: ruinas físicas y económicas, pero sobre todo ruinas morales y sociales, que se expresan en la masificación, relativismo, materialismo grosero y oportunismo personal.

Además y como consecuencia de la transición pacífica al post-comunismo, los comunistas se mantienen como un grupo de presión importante, bien trabado y descontento, implantado en la

administración y principal beneficiario de las privatizaciones de las propiedades socialistas, que no descarta su vuelta al poder en la hipótesis de un reflujó del descontento ante las dificultades que ineludiblemente habrán de afrontar las naciones excomunistas.

Tampoco cabe perder de vista —denuncia acertadamente Sandoval— que los comunistas permanecen entre nosotros. Lo están los comunistas del Primer Mundo, que mantenían relaciones fraternas con los tiranos del Segundo, y que, al parecer, nada vieron, nada contaron, ni nada indagaron dentro de la mayor tiranía que ha existido, y que visitaban con frecuencia, y que ahora van a engrosar las filas de la socialdemocracia, cuya Internacional corre el riesgo de radicalizar sus posturas con tales ingresos de estos militantes.

Por otra parte, se asiste al fenómeno de que aquella intelectualidad, dominada hasta hace bien poco por el marxismo, parece haberse esfumado como por ensalmo y de que entre quienes defendieron y disculparon a los comunistas no se haya visto todavía una pública confesión de error generalizada, ni un mea culpa colectivo. Descartada una conversión automática y en masa de los mismos, hemos de concluir que siguen en sus puestos o tribunas, pues los círculos intelectuales no les han sometido a ninguna cuarentena, y hay que recordar al respecto la preponderancia que la parcialidad filocomunista adquirió en la prensa.

Actualmente los llamados «*movimientos alternativos*» que, aunque no se identifiquen con el comunismo, siempre fueron apoyados por éste, adquieren una importancia creciente y son hoy los herederos de la subversión comunista. Tales movimientos son los pacifistas, ecologistas y feministas.

La influencia comunista en Occidente —concluye Sandoval—, es amplia y está intacta. Por su naturaleza utópica, sólo hay comunistas convencidos allí donde no gobiernan. Y corremos el riesgo de que suceda igual que con las ideas de la Revolución francesa, que, tras el hundimiento en Waterloo del poderío militar de la misma, restaurándose el antiguo orden, en definitiva, una vez descartadas las notas violentas del Terror, el siglo xx fue el siglo del liberalismo y de las ideas que motivó aquélla.

Por eso, Sandoval no duda en brindar las vías que se deben usar para que la derrota comunista sea irreversible, entre las que destaca el frente doctrinal: «Hay que combatir la ideología que informó el socialismo real hasta que quede desacreditada por completo y pierda toda su vigencia social» y, desde luego, abrir las puertas a Cristo, siendo necesaria una nueva evangelización, cuyo fruto ha de ser una nueva civilización impregnada de doctrina

cristiana, en la cual los hombres, no sólo han de encontrar más fácil la peregrinación hacia la otra vida, sino que la misma organización terrena alcance una plenitud superior a toda esperanza.

Finalmente, se exponen las lecciones que la historia del comunismo nos enseña: la primera, que el orden natural no puede ser burlado impunemente; la segunda, la trascendencia de los errores filosóficos; y la tercera, que Dios es el Señor de la historia y el único que conoce su final. De ahí que la historia es impredecible, pero su curso no es irremisible. Por ello —añado siguiendo a Marcel Clément—, hay que obrar como indicaba Santa Juana de Arco, nuestro deber es combatir y es Dios el que concede o no la victoria. Y al respecto me permito recordar que, cuando tal decía Clément, anunciaba —hace veinte años cuando el comunismo recorría su marcha ascendente y cosechaba un triunfo detrás de otro—, tras reiterar el señorío de Dios sobre la historia, que las campanas ya doblaban a muerto por el comunismo.

Poco me cabe añadir a lo expuesto, en donde, a propósito me he querido extender algo más de lo normal, para que se aprecie la importancia de este último trabajo de Luis M.^a Sandoval, por la claridad de su exposición, la valentía de sus planteamientos y lo certero de su crítica. No hay duda de que ha sabido penetrar y comunicar al lector la auténtica índole del comunismo, así como el significado de la trayectoria seguida por el mismo y el trágico legado que, al final, dejó tras su derrota, sin echar en el olvido describir el peligro potencial que todavía supone y los medios de evitarlo.

La obra de Sandoval es, sin duda, una de las más importantes que sobre este tema han aparecido en España. La que mejor centra el problema eludiendo el optimismo inconsciente y el pesimismo estéril, para extraer con acierto las enseñanzas de la historia que nos sirvan a fin de sortear errores pretéritos ante situaciones, si no iguales, sí análogas. Para ello, no bastaba la improvisación, sino que era necesaria una riqueza de conocimientos y una lucidez intelectual iluminada por una sólida doctrina, que son las que vienen a sostener este estudio.

GONZALO MUÑIZ VEGA.